En el decurso de la conversación el conde había invitado á Sinnamari á la fiesta de inauguración de su palacio, invitación que el Procurador se apresuró á aceptar. Una vez que el conde hubo salido, el Procurador, el Prefecto y el aspirante á Jefe de Seguridad reanudaron su conferencia, para llegar á un acuerdo acerca de la mejor manera de apoderarse de la persona del rey Misterio.

Cuando Sinnamari abandonó por fin el palacio de Justicia eran ya las cuatro de la tarde. Nadie hubiera podido leer en su fisonomía ni aun asomos de preocupación ni de contrariedad.

Una vez en el bulevar, llamó á un cochero.

— Avenida de Jena, 72, y al trote; — dijo.

Luego, al arrellanarse en los cojines, hubiérase podido oirle murmurar :

— Con tal de que Liliana me haya esperado...

El señor Procurador imperial sólo pensaba en aquel momento en su hermosa querida.

XXIII

EL GRAN HOTEL DEL MAPAMUNDI

Serían como las cinco de la mañana de un domingo, pocos días después de los acontecimientos que dejamos relatados.

Dos hombres subían la dura pendiente de la calle de los Molinos, y se encontraban no lejos del sitio en que más tarde hubo de ser construído el llamado Molino de la Galette, en la calle de Lepic.

Uno de aquellos hombres, en quien por su juvenil desenvoltura y su hermosa barba rubia era fácil reconocer á nuestro Benvenuto Cellini, es decir, á nuestro Roberto Pascal, decía á su compañero, un buen mozo de anchas espaldas y de torso prominente, estas palabras.

— Mi querido Profesor, he aquí un sobre y un silbato.

Tomó el querido Profesor el silbato y el sobre que Roberto Pascal le alargaba sonriente, y encorvándose un poco, por efecto de su elevada estatura, preguntó un tanto alarmado :

— ¿Podría usted decirme, insigne Benvenuto Cellini, qué significa este misterio?

— No hay tal. Ese sobre, — dijo Pascal, — que no abrirá usted hasta mañana por la mañana, contiene una palabra que es un santo y seña. Cada dia recibirá usted por el correo un sobre conteniendo la palabra correspondiente, porque esta será variada diariamente. Cuando acompañe usted á la señorita Desjardies desde el hotel al taller de Raúl Gosselin, guárdese usted bien de detenerse, bajo ningún pretexto, para hablar con nadie, ¿me oye usted bien? con nadie que no le dé á usted ese santo y seña; aunque se trate de su mejor amigo.

— Comprendido; — dijo el Profesor. — ¿Y el silbato?

— En caso de que durante el trayecto surja alguna dificultad, aun la más insignificante, si algo le parece sospechoso, ó si tiene necesidad de auxilio ó de encontrar un refugio, no tiene usted más que silbar, y al punto encontrará refugio y recibirá auxilio.

— ¡Por la colina sagrada! — exclamó el Profesor, — ¡por Montmartre, ubre augusta, granitica y tres veces santa! Me deja usted asombrado. Como que me resisto á creer...

— Haga usted la prueba; — repuso Pascal riendo ruidosamente de la infantil y cómica sorpresa del Profesor.

— ¿Que silbe? — preguntó el otro indeciso y mirando el silbato.

— Sí, silbe usted.

— ¿Y si silbo, encontraré refugio y refuerzo?

— Sin la menor duda; — replicó Roberto Pascal.

— Oiga usted; son muchas las cosas extraordinarias que me ha contado usted de su rey Misterio, de su monarca de las Catacumbas, y las he creido sin hacerme de rogar. Pero francamente, eso de que sea bastante poderoso para poblar en un instante esta calle desierta de caballeros prontos á hacerse matar por mí, y eso con sólo oir el ruido de este pito, vamos, me parece un tanto exagerado, mi querido Benvenuto Cellini.

El Profesor no llamaba nunca de otro modo á Roberto Pascal. El lenguaje de aquel era pintoresco en grado sumo, y á las cosas más insignificantes aplicaba de continuo imágenes, más ó menos afortunadas, pero siempre pletóricas de colores brillantes. Para él Pascal era Benvenuto Cellini por lo que tenía de orfebre; como llamaba Fidias á todos los escultores, y Apeles á todos los pintores, y Homero á todos los poetas.

Conviene decir, en honor á la verdad, que el Profesor no había profesado nunca nada, si se exceptúa la alegría de vivir en Montmartre, confundido con los artistas, los bohemios y los poetastros más ó menos melenudos y glaucos. Paseábase en la existencia como en un cuento de hadas, indiferente á todo lo material, por lo que un detalle cualquiera de la vida difícil y prosaica adquiría á sus ojos — que eran de color gris claro — un relieve verdaderamente sobrehumano. El latente entusiasmo que calentaba la sangre en sus arterias, irradiaba en torno suyo, envolviéndole en una atmósfera de epopeya montmartresa.

Cuando á cosa de las tres de la madrugada abandonaba la taberna de las Tres-Pintas y deteníase un

instante para contemplar las tinieblas rasgadas en diversos sitios por la llama vacilante de los reverberos de la colina sagrada, ¡ había que oirle pronunciar una de sus frases favoritas, el *¡ mons martirum!* Y era tan delicada la naturaleza del Profesor, que á veces sorprendíase él mismo llorando al pensar en la sangre de los mártires que hubo de correr en tiempos pretéritos en aquel mismo sitio por el que debía correr más tarde tanta cerveza.

No era tan sólo la riqueza de colorido de su lenguaje lo que diera popularidad al Profesor, ni el elevado concepto que tenía de Montmartre, ni su amor de las bellas artes; hízose además querer por su bondad inagotable, que le llevaba á distribuir gratuitamente recetas médicas entre sus amigotes indispuestos á consecuencia de pantagruélicos festines; cosa tanto más de agradecer — y tal vez de temer — en él, cuanto que el Profesor no había puesto nunca los pies en la Facultad de Medicina. Claro es que no habiendo sido ni siquiera estudiante, mal podía ser doctor. Sin embargo, sus amigos acabaron por hacérselo creer.

El Profesor era un amigo fiel y desinteresado. Desde que se le conocía en Montmartre, es decir, desde siempre, vivía en el Gran Hotel del Mapamundi, donde no pagó jamás su habitación, ni una siquiera de las comidas que hacía diariamente. El dueño, ¡ cosa extraña ! rehusábale el dinero, lleno como estaba de admiración por su glorioso cliente.

Allí hubo de conocer á Roberto Pascal, entablándose enseguida entre ambos una amistad sólida, que comenzó en la mesa del hotel á la que Roberto se sentaba algunas veces, por más de que en ella envenenaban á conciencia á los infelices consumidores, y que se robusteció en la taberna de las Tres-Pintas, que era una dependencia del Hotel. Fué en los comienzos de esta amistad cuando el Profesor tuvo ocasión de curar á Benvenuto Cellini un orzuelo que hubo de molestarle durante algunos días, y cuando Pascal pudo convencerse de las excelentes cualidades morales del Profesor, entre las que dominaban la prudencia y la discreción. Varias veces habíale sorprendido hablando con Gabriela Desjardies, y jamás le preguntó quién era aquella muchacha, á la que todo el mundo en el Hotel conocía por el nombre de la señorita Derennes, ni qué clase de relaciones la unían á ella.

Y cuando Roberto Pascal le pidió como favor especialísimo que acompañase todos los días á la Derennes hasta el taller de Raúl Gosselin, en la calle Cardinet, donde el artista pintaba el retrato de la joven, tuvo el tacto exquisito de no sorprenderse de la demanda, ni de pedir acerca de ella la menor explicación. Accedió á lo que se le pedía sencillamente, como un gentilhombre de Montmartre que sabe el respeto que á las damas se debe, y el silencio y la discreción que la amistad impone. Pero como el Profesor conocía á Raúl Gosselin, hubo de enterarse en el taller de éste de que la joven Derennes no era otra que la señorita Desjardies, hija del condenado á muerte. Claro es que hubo de pensar en que tal vez se había metido en un mal negocio; pero cuando por la noche Roberto le contó las desgracias de la muchacha y la inocencia de su padre, el Profesor, enternecido, declaróse satisfecho de su proceder, especialmente al decirle Roberto,

como resumen de su conversación : « Ahora que conoce usted las desgracias de la señorita Desjardies, querido Profesor, deseo que se ponga usted á su servicio. Este consistirá en acompañarla una vez al día á casa de Raúl Gosselin. Debo advertir á usted que esa joven no ha de salir para nada del Hotel sin que usted vaya con ella, y que su único paseo será para ir á casa del pintor. Sigan ustedes invariablemente el itinerario que he marcado: calle de los Molinos, la de Bruillards, luego la del Camino Viejo, la de Damas... dando vuelta al cementerio Montmartre; atraviesen la avenida de Saint-Ouen, y por las calles de Santa Isabel y Balagny se encontrarán en la de Cardinet. Ya es un buen paseito; y como si la señorita Derennes va á casa de Gosselin es más bien por el paseo que por el retrato, irán ustedes siempre á pie. El ejercicio es muy higiénico.

— Más sencillo sería seguir los bulevares exteriores; — hubo de observar el Profesor.

— Más sencillo, sí, pero también más peligroso.

Contra su costumbre, el Profesor formuló una pregunta.

— ¿Pero es que la señorita Desjardies corre algún peligro?

— Ninguno, si cumple usted mis instrucciones al pie de la letra.

— *¡Suficit!* — exclamó el Profesor. — Puede usted estar tranquilo.

En efecto : durante varios días el Profesor acompañó á la Desjardies á casa de Gosselin sin que se produjera más incidente que los debidos á la curiosidad de la portera y vecinos de la casa. Y así llegó el

domingo de que hablamos, día en que, habiendo salido el Profesor á tomar un bocado, se unió á él Roberto Pascal en el momento en que subía la calle de los Molinos. Luego de agradecerle cumplidamente sus buenos y leales servicios, le recomendó Pascal más eficazmente que nunca que evitase sin vacilaciones las aventuras de la calle. Era indudable que el artista se hallaba informado de probables peligros que podría correr la joven, puesto que consideraba necesario llevar al Profesor dos nuevas garantías : el santo y seña y el silbato.

Habían llegado los dos hombres á la esquina de las calles de los Molinos y Tholozé, y el Profesor continuaba examinando el silbato sin atreverse á llevarlo á sus labios.

— Silbe usted de una vez, hombre testarudo; — dijo Roberto Pascal.

Levantó el Profesor los brazos, como tomando al cielo por testigo de la vesanía de su excelente amigo, y dijo estas palabras :

— ¡Oh loca imaginación, engañosa seductora que nos induces en error siete veces al día con el espejismo de tus ilusiones!

Y silbó. Fué un sonido muy estridente, extraño, poderoso y agudo, el que produjo el pito. Y como luego de haber pitado la calle permanecía tan desierta como antes, prorrumpió el Profesor en sonoras carcajadas.

— ¿Dónde está el socorro? ¿Dónde los refugios? — preguntaba riendo.

Roberto Pascal le mostró entonces algo en que él no había reparado. En el umbral de todas las casas,

desde el Hotel del Mapamundi hasta donde podía alcanzar la vista, los porteros aparecían en pie, atentos, como si esperasen órdenes.

La cosa sorprendió algo al Profesor. Roberto le dijo :

— Haga usted sonar de nuevo el silbato, y verá cómo todos esos hombres se precipitan hacia nosotros para ofrecernos el auxilio de sus brazos y el refugio de sus porterías.

— ¡Diablo! — exclamó el Profesor. — ¿Sabe usted que es ese un servicio muy importante, ingenioso y bien organizado?

— Sí que lo es; pero no hay que alabar por él á mi amigo el rey de las Catacumbas, sino ¿á quién dirá usted?... Pues á la policía rusa, que ha inventado ese medio de hacerse ayudar, sean cuales fueren las circunstancias en que se encuentre.

Viendo que el silbato no sonaba por segunda vez, los porteros desaparecieron sin precipitación y lo más naturalmente del mundo.

— Lo estoy viendo y no lo creo; — dijo el Profesor. — Yo creía que las sociedades secretas eran ya un mito.

— No lo han sido nunca; existieron y siguen existiendo, no lo dude usted.

— ¿De modo que existe la del rey Misterio? pues mire usted, la verdad, aunque había oído hablar de él, siempre lo tomé á broma.

— Un día de estos se lo presentaré á usted, amigo mío.

Hablando de este modo llegaron al hotel del Mapamundi Roberto y el Profesor, más preocupado éste de

lo que aparentaba, á consecuencia de la maniobra de los porteros.

Era el tal hotel un edificio espacioso, sin arquitectura alguna especial, de paredes desnudas, de color amarillento sucio, en las que se abrían altas ventanas que ninguna cornisa ni adorno unía entre ellas. El portal era ancho, como los que aún se ven en ciertas antiguas posadas, en términos que resultaba posible entrar en él en carruaje. Luego de haberlo franqueado, encontrábase á mano derecha una puerta pequeña, que era la de la portería, y otra á la izquierda por la cual, y luego de bajar dos escalones, se entraba en la sala común de la taberna de las Tres Pintas.

Esta tenía además otra puerta, que daba á la calle. Encima de ella, balanceábase de continuo, como si pretendiera amenazar la cabeza de los clientes, una gran plancha metálica, principal y artístico ornato del establecimiento. En ella hubo de pintar algún Apeles desconocido, cuyo nombre no pasó á la historia, tres hombres jóvenes, de fisonomía jocunda, representando respectivamente la Flandes, la Borgoña y la Normandía, y armados cada uno de ellos de una pinta de sidra, de cerveza ó de vino, lo cual parecía significar que en la taberna de las Tres Pintas había para todos los gustos.

Nada de enseña ó de muestra en el hotel. Pero ocupando todo el ancho de la fachada, y á la altura del primer piso, destacaba sobre el amarillo sucio de aquella un letrero, de negros caracteres, que decía : « Gran Hotel del Mapamundi ».

A la puerta del mismo llegaban el Profesor y Roberto Pascal, cuando se oyeron interpelar por una

voz alegre y robusta. Era la del pintor Raúl Gosselin que les esperaba.

— Á propósito, — preguntó rápidamente y en voz baja el Profesor á su compañero ; — ¿forma parte de esa asociación de porteros la señora Eloísa?

— No; — contestó Pascal adelantándose hacia el pintor.

— Media hora hace que le espero, amigo Pascal, — dijo Gosselin, — y la verdad sea dicha, ya empezaba á impacientarme.

— ¿En tan poco aprecio tiene usted la compañía de la excelente señora Eloísa? — preguntó el Profesor.

— Es que la piadosa señora brilla hoy por su ausencia; — replicó Gosselin. E indicaba al decir esto la portería solitaria.

— Debe estar rezando por nosotros en Nuestra Señora de Loreto. Por lo menos así lo prometió ayer.

Hablando así el Profesor entró en la portería.

— ¡ Gran desgracia nos amenaza ! — continuó diciendo. — ¡Oh dioses inmortales! ¿Qué es lo que va á ser de nosotros, pecadores?

Roberto Pascal y Gosselin habían seguido al Profesor, y nada observaban que justificase la alarma de su amigo. Veían la portería como la vieran siempre, es decir abarrotada de objetos piadosos, de imágenes de la Virgen, de San José y del Niño Jesús, y adornadas las paredes con gigantescos rosarios colgados á modo de guirnaldas. Sobre el calorífero, de hierro colado, cocía en una cazuela un pedazo de carne.

— ¡Cosa más rara! — murmuraba el Profesor.

— ¿Pero de qué se extraña usted? ¿Qué es lo que ve de particular?

— No me extraño de lo que veo, sino de lo que dejo de ver.

— ¿Y qué es lo que deja usted de ver, puede saberse?

— En primer lugar no veo á la señora Eloísa, lo cual podría no significar gran cosa; lo estupendo, lo inverosímil, es que tampoco veo por ninguna parte á Salomón.

— ¡Calla, pues es verdad! ¡Salomón! ¿Dónde está Salomón? — preguntó Roberto Pascal.

Y el pintor repitió á su vez:

— ¿Dónde está Salomón? ¿Y cómo no he notado yo su ausencia?

— Porque usted no es de la casa. Aunque loro, Salomón no habla, — dijo el Profesor, — y su silencio no puede revelar su ausencia á quien no está acostumbrado á verle. Pero nosotros le vemos todos los días mañana y tarde, encaramado en su percha, y hasta le pedimos la llave, cuando la señora Eloísa no está aquí... ¿Qué le habrá pasado? ¿Dónde estará ese bicho?

Y el Profesor salió al zaguán gritando :

— ¿Dónde está Salomón? ¿No ha visto nadie á Salomón?

Atraídos por las voces acudieron hasta media docena de huéspedes, que manifestaron su extrañeza por la indudable ausencia de Salomón, que nadie acertaba á explicarse. Aquel pájaro era un conserje modelo, discreto y poco lenguaraz ; ¡como que era mudo! Su prudencia y perspicacia habíanle valido el nombre de Salomón con que lo bautizaron los huéspedes.

Diez minutos más tarde todo el mundo en el Hotel

conocía la ausencia del loro. Oyóse entonces correr en los patios y en las escaleras, abrirse y cerrarse ruidosamente las puertas, y fueron no pocos los inquilinos que invadieron la portería, ávidos de persuadirse de la sensacional desaparición. Todo el mundo gritaba :

— ¡ Salomón ! ¿ Dónde está Salomón? ¿ Quién ha visto á Salomón?

El Profesor, por su parte, dióse á improvisar una sentida necrología, lo que le valió una rociada de las mujeres presentes quienes aseguraban que era él más hablador que todas ellas juntas. Sin embargo, como se acreditaba, sin saber porqué, la especie de que á Salomón le había ocurrido alguna desgracia, cada uno de los circunstantes preguntábase qué género de catástrofe podía haber hecho una víctima del pájaro ausente. Entonces Roberto Pascal se deslizó sin ser visto por entre los allí reunidos é hizo seña á Gosselin para que le siguiera ; pero el pintor, que se divertía extraordinariamente con aquella escena funambulesca, dijo al orfebre :

— No : espero á usted aquí. Esto es muy divertido. Bájeme el medallón.

Apenas se hubo ausentado Pascal en dirección á su cuarto, una gritería espantosa acogió la inesperada presencia de la señora Eloísa, que llegaba en aquel instante llevando en la mano una jaula, dentro de la cual se hallaba el interesante Salomón.

Vestía la portera de negro, según su costumbre desde que pasara á mejor vida su esposo, algunos años antes. Muy sorprendida, al parecer, de la reunión en el portal de casi todos los huéspedes del hotel,

entró en su cuchitril, colocó á Salomón en su percha, y luego de reponerse un poco de las emociones que acababa de sufrir, ya sentada, consintió en explicarse.

Bastaba ver su semblante de ordinario amarillento como un viejo pergamino, y en aquel instante ligeramente sonrosado, para comprender que la señora Eloísa no estaba contenta y que acababa sin duda de sentirse herida en su amor propio. Desplegó un periódico y señalando en la primera página un suelto impreso en caracteres bien visibles, exclamó solemne : « De aquí arranca todo el mal. »

El Profesor, interpretando la general curiosidad, y decidido á satisfacerla, tomó el periódico y leyó lo que sigue : « Se ruega á cuantas personas se hallen en posesión de uno ó varios loros se sirvan pasar por el hotel del conde de Téramo Girgenti, calle de Ponthieu, donde les serán comprados dichos animales. Los que no quieran venderlos pueden acudir asimismo *pues sus loros serán alquilados por el tiempo y en la cantidad que se convenga.* »

Todos los presentes comprendieron enseguida que aquel anuncio había tentado la codicia de la vieja Eloísa, quien si era incapaz de vender á Salomón, no debía sentir escrúpulos por alquilarlo durante una temporadita más ó menos larga.

— ¡ Ocho días ! — decía ella; — no hubiera podido separarme de él por más tiempo.

Así lo comprendían los huéspedes ; lo que éstos no acertaban á comprender es que hubiese un ciudadano capaz de alquilar por más ó menos tiempo los loros que no querían venderle.

Llegó el ansiado momento de las explicaciones. La

señora Eloísa, satisfecha de ser escuchada con atención, refirió cómo habiendo leído el anuncio, y decidida á alquilar su loro, tomó asiento en un ómnibus para dirigirse á la calle de Ponthieu. Interesados por la presencia del loro, algunos de los pasajeros que se encontraban en el carruaje no quisieron darle crédito cuando ella les hubo referido lo del suelto del periódico, llegando su incredulidad hasta el punto de que tres de ellos, una mujer y dos hombres, quienes sin duda no tenían cosa mejor que hacer, decidieron acompañarla, para cerciorarse...

Los vendedores de loros hacían cola en la calle de Ponthieu. Iban entrando uno por uno, y salían, naturalmente, en la misma forma. Era inútil preguntarles; todos decían lo mismo: « ¡Es sorprendente, extraordinario! ¡Quién había de pensarlo! Ya, ya verán ustedes... » Y se alejaban sin decir más.

Tosió ligeramente la señora Eloísa; y cierta de que se sostenía la atención general contó á los allí presentes cosas extraordinarias é inverosímiles. Díjoles que al entrar ella, por haberle llegado su turno, un criado hubo de conducirla hasta un espacioso cobertizo en el que pudo ver varios miles de loros, cada uno en su jaula respectiva, y éstas alineadas formando calles, pisos, bajo la vigilancia de todo un ejército de criados. Además, otros hombres, muchos en número, recorrían las calles de jaulas, anotando algo en inmensos registros que llevaban en las manos. Otro empleado la condujo á presencia de un funcionario que sin levantar siquiera la nariz de sus papelotes hubo de preguntarle si quería vender ó alquilar su loro. Al llenar las formalidades indispensables,

y al dar ella su nombre y dirección, el grave funcionario había exclamado, con no poca sorpresa de la interesada: « ¡Cómo! ¿Es usted portera del gran hotel del Mapa-Mundi? Pues ya puede usted volverse con su loro por donde ha venido. No lo necesitamos para nada. »

Era de ver la indignación de la señora Eloísa al referir este episodio cómico-trágico, y al recuerdo del desprecio de que fueran objeto ella y Salomón.

— ¿Declaró usted que Salomón es mudo? preguntó uno de los huéspedes, como si buscase una explicación á la afrenta hecha al interesante loro.

— No; — dijo la señora Eloísa.

— Pues debió usted hacerlo; — afirmó el Profesor. Por más de que ese funcionario debía ya saberlo. Su exclamación al enterarse de que era usted portera de este hotel prueba que conoce lo que aquí pasa.

— No le dije que Salomón es mudo porque habría mentido.

— Á ver, á ver, ¿cómo es eso? ¿Salimos ahora con que Salomón habla? — dijo el Profesor.

Y el coro de huéspedes repetía:

— ¡No es mudo! ¡No es mudo!

La señora Eloísa, con voz plañidera aclaró los conceptos.

— La verdad el que Salomón no ha dicho este pico es mío desde la muerte de mi pobre marido.

— ¡Pobrecito! — dijeron las mujeres que comenzaban á conmoverse.

— Pero antes, — siguió diciendo la señora Eloísa, — antes hablaba como todos los loros, y aun mejor

que muchos de ellos. Tenía la misma voz que mi difunto. ¡ Y si hubieran ustedes oído qué bien repetía las palabritas tiernas que me decía mi esposo durante nuestra luna de miel! Era cosa de confundirlos. Por eso no han de extrañar ustedes que muerto mi marido y mudo Salomón me considere dobleblemente viuda.

— ¡Sí que es extraño! repitió el coro de huéspedes.

Ni la señora Eloísa ocupadísima con su narración, ni ninguno de los que allí se encontraban, atentos á la misma, había podido observar la llegada de un personaje que no perdió palabra de lo dicho por la portera. No obstante la poblada barba de zapador, destinada sin duda á disfrazar su verdadera personalidad, un observador atento habría tal vez reconocido en el recién llegado á nuestro antiguo amigo Dixmer.

Como los recuerdos evocados por la señora Eloísa hubieron de conmoverla en grado sumo, el coro de huéspedes decidió dejarla á solas con su dolor, con pretexto de respetarlo, y fueron desfilando uno á uno. El Profesor, por su parte, disponíase á llevarse á Gosselin á la taberna de las Tres-Pintas, cuando ambos vieron á Roberto Pascal que se acercaba llevando un paquete bajo el brazo.

— Aquí lo tiene usted, — dijo á Gosselin. — Pero como no es cosa de que se le caiga por el camino, me parece prudente atarlo. La señora Eloísa nos dará una cuerdecita...

Y entró en la portería para pedirla.

— Pero antes, — le dijo Gosselin — déjeme usted que le dé aún un vistazo. ¡Esto es un regalo regio, amigo mío!

— ¿Se puede saber qué es ello? — preguntó el Profesor.

— Venga usted á verlo; — dijo Gosselin.

Y ambos entraron tras de Roberto en la portería.

El profesor pareció extrañarse, al ver el contenido del paquete; un medallón maravilloso.

— ¿Cómo es eso? — dijo. — ¿Se deshace Benvenuto Cellini de su medallón? ¿Del medallón de Margarita de Valois?

Acababa apenas el Profesor de pronunciar las últimas palabras, cuando se produjo un fenómeno extraordinario, increíble. Una voz, extraña, lejana, ronca, una voz que parecía de ultratumba, salió del pico entreabierto de Salomón. Este, erguido en su percha, hablaba.

— *Tú eres* — dijo — *la Margarita de las Margaritas : Tú eres la perla de los Valois.*

Fenómeno increíble, que produjo un doble efecto. El de que se desmayara la señora Eloísa, luego de lanzar un grito desgarrador, y el de que se desmayara asímismo Roberto Pascal, quien por su parte no había lanzado grito alguno.